

**DE LA LINGUA NAVARRORUM  
AL ESTADO VASCO<sup>1</sup>**

---

**FROM THE 'LINGUA NAVARRORUM'  
TO THE BASQUE STATE**

Xabier Zabaltza Pérez-Nievas  
UPV/EHU

*Entregado el 9-2-2012 y aceptado el 25-3-2013.*

**Resumen:** En este trabajo se esboza el papel desempeñado por la lengua vasca en la historia de Navarra. La falta de consenso que existe en la actualidad en la denominada «Comunidad Foral» en torno a la identidad de los navarros y de su futuro institucional dificulta enormemente un acercamiento historiográfico a la cuestión. La historia del Viejo Reino, y no digamos ya la de sus lenguas, tal vez más que ninguna otra, se escribe *ad probandum*. En Navarra, el euskara es objeto de manipulación ya sea por exceso, por parte del nacionalismo vasco, atribuyéndole una extensión que nunca alcanzó, como por defecto, por parte del nacionalismo español y/o el navarrismo, negando u obviando el hecho de que el vascuence fue la lengua mayoritaria de los navarros hasta el siglo XIX.

**Palabras clave:** Vasconia. Navarra. Lengua vasca. Nacionalismo vasco. Nacionalismo español. Navarrismo.

---

**Abstract:** This work outlines the role played by the Basque language in the history of Navarre. The lack of consensus that currently exists in the so-called «Foral Community» about the identity of the Navarrese and their institutional

---

<sup>1</sup> Agradezco a Mikel Belasko, Jesús Casquete, Iván Igartua, Matías Múgica y dos informantes anónimos la lectura de una primera versión de este artículo. Todos contribuyeron a la mejora del texto de manera ostensible. Como no podía ser menos, todo error que se haya podido deslizar es responsabilidad exclusiva del autor.

future makes the historiographical approach to this question very difficult. The history of the Old Kingdom, not to say that of its languages, perhaps more than any other history, is usually written *ad probandum*. In Navarre, the Basque language is manipulated by two extremes. On the one hand, Basque nationalism attributes to it an expanse of land larger than the area it has ever had in reality. On the other, Spanish Nationalism and Navarrism deny or ignore the fact that it was the language of the majority of the Navarrese until the 19<sup>th</sup> century.

---

**Key words:** Basqueland. Navarre. Basque Language. Basque Nationalism. Spanish Nationalism. Navarrism.

Al historiar la Edad Media del País Vasco nos asalta constantemente la preocupación de estar reconstruyendo el pasado de un pueblo que se expresa por escrito en un idioma que no es el que habla, y que el suyo se le escapa a través de los documentos [...] para el que estudia la Edad Media, será siempre un problema acuciante el saber qué lengua hablaban los personajes históricos con los que convive en los documentos. Cómo se expresaban en la intimidad Iñigo Arista o el abad de Leire, Sancho el Fuerte o el abad de Irache; éstos que, cuando conceden un privilegio, lo hacen en un latín más o menos macarrónico ¿entendían realmente lo que mandaban escribir? ¿Era sólo el notario quien lo entendía, o también los confirmantes y testigos? ¿Serían todos bilingües? (José María Lacarra, 1957)<sup>2</sup>.

Guk dakigun garaian, azken bi mila urte honetan (...) Euskadiko eremua osorik hartzen baldin badugu, eskualde hori ez da inoiz —bi mila urte horietatik gora nik ez dakit zer gertatzen zen— osoro eta zeharo euskalduna izan [...]. Beraz, guk besteren aurrean esaten dugunean Nafarroako Erriberak, Kaskantek esate baterako, euskara galdu zuela eta berreuskaldundu egin behar dugula, ez gara egiaz ari (Luis Michelena, 1981)<sup>3</sup>.

Resulta loable la iniciativa del Grupo de Investigación «El Nacionalismo Vasco en Perspectiva Comparada» y de la revista *Historia Contemporánea* de abordar el papel que desempeña Navarra en el imaginario del nacionalismo vasco. Y especialmente oportuna cuando todavía resuenan los ecos de los actos de conmemoración del quinto centenario de la Conquista, que, como cabía esperar, transcurrieron entre la manipulación de unos, la desidia de otros y la indiferencia de la mayoría. Navarra es hoy un territorio en liza, disputado por dos nacionalismos, el vasco y el español, que en esa provincia presenta un tinte regionalista muy marcado, el llamado navarrismo. La falta de consenso en el presente impide también

---

<sup>2</sup> José María Lacarra, *Vasconia medieval. Historia y filología*, Publicaciones del Seminario Julio de Urquijo de la Excm. Diputación Provincial de Guipúzcoa, San Sebastián, 1957, pp. 9-12.

<sup>3</sup> «En la época que conocemos, en los últimos dos mil años (...), si tomamos todo el territorio de Euskadi, esta región no ha sido nunca completamente vascófona —más allá de esos dos mil años no sé qué ocurría— [...]. Así es que cuando afirmamos ante otros que la Ribera de Navarra, Cascante por ejemplo, ha perdido el euskara y que tenemos que reeuskaldunizarla, no estamos diciendo la verdad». Luis Michelena, «Euskal literatura-*ren bereizgarri orokorrak*» (1981), en Luis Michelena, *Sobre historia de la lengua vasca*, Anejos del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo» 10, San Sebastián, 1988, II, pp. 684-685.

todo acuerdo en el análisis del pasado. En Navarra la historia es un arma más del debate político.

En esta exposición voy a centrarme en el euskara como símbolo. Porque, desgraciadamente, eso es lo que es para la inmensa mayoría de los navarros. Los apegos y rechazos de los que es objeto la lengua vasca en esa provincia se deben más a su valor simbólico que a su valor comunicativo. En Navarra, como en el resto del país, se habla demasiado del euskara y demasiado poco en euskara. Aprovecho la ocasión para denunciar cierta dejación para con la historia de las lenguas por parte de la historiografía académica. Coincido plenamente con Luis Michelena cuando afirmó que «las lenguas no son entidades que los historiadores puedan pasar por alto sin daño para su trabajo»<sup>4</sup>. Los publicistas de uno y otro signo, que no ocultan su voluntad política, han ocupado el hueco que los historiadores nunca debieron abandonar. Uno de los objetivos de este artículo es, precisamente, contribuir al acercamiento entre filología e historiografía, dos ciencias que se precisan mutuamente, pero que, por desgracia, en Navarra suelen vivir de espaldas la una a la otra, a pesar de los avances realizados en los últimos años, sobre todo de la mano de Jimeno Jurío y Xabier Erize, autores ambos de los que este trabajo es deudor en gran medida. El «problema navarro» se debe, en parte, a ese desencuentro entre historia y lengua y al distinto interés que ponen en una y otra el navarrismo y el vasquismo. Se podría afirmar que en Navarra nos encontramos ante un conflicto entre dos esencialismos, uno historicista, otro «lingüístico», curiosamente los dos influidos de manera indirecta por el romanticismo alemán (por Savigny el primero, por Humboldt el segundo y por Herder ambos, dicho sea todo resumiendo casi hasta la caricatura)<sup>5</sup>. Para comprender el problema de Navarra resulta fundamental una perspectiva diacrónica, de *longue durée*. Dado que la especialización académica va por otros derroteros, son los divulgadores no académicos los que copan el mercado, dando respuestas a menudo demasiado sencillas a un público ávido de conocimientos, pero al que las tesis

---

<sup>4</sup> Luis Michelena, *Palabras y textos*, Universidad del País Vasco, Vitoria, 1987, p. 170.

<sup>5</sup> Para una síntesis crítica del «mito foral» navarrista y vasquista, muy influido por la Escuela Histórica del Derecho de Savigny, vide Xabier Zabaltza, *Mater Vasconia. Lenguas, fueros y discursos nacionales en los países vascos*, Hiria, San Sebastián, 2005, pp. 141-176. Para la indemostrada hipótesis del relativismo lingüístico, según la cual el pensamiento viene determinado por la lengua en la que se expresa, defendida, entre otros, por Herder y Humboldt y que se ha convertido en un dogma de todos los nacionalismos, con y sin estado, vide Xabier Zabaltza, *Una historia de las lenguas y los nacionalismos*, Gedisa, Barcelona, 2006, pp.165-188. En ambos casos con abundante bibliografía.

doctorales y los artículos científicos se les antoja sencillamente indigeribles. En este trabajo voy a intentar combinar los mejores valores de la academia y de la divulgación al abordar una cuestión que interesa no solo a los especialistas, sino a la población en general.

A pesar de su exiguo tamaño, Navarra constituye un territorio muy complejo desde los puntos de vista geográfico, sociológico, cultural e identitario. Esa complejidad es evidente también en los planos histórico y lingüístico, algo que no siempre se tiene en cuenta cuando se la compara con otros territorios vascos o españoles. Por un lado, aunque al nacionalismo vasco (y a la literatura pseudohistórica inspirada por él que se ha prodigado en las últimas décadas) le cueste reconocerlo, Navarra cuenta con una mayor continuidad institucional que la comunidad autónoma denominada, por sinécdoque, «País Vasco». Desde que Iñigo Arista estableció los fundamentos del Reino, allá por el año 824, siempre ha existido un gobierno o una corte en Pamplona. En Vitoria, sin embargo, el Parlamento Vasco funciona tan solo desde 1980 (no me refiero ahora a las Juntas Generales de Álava ni a su Diputación Foral). En el debate de la legitimidad histórica, Navarra gana por unos doce siglos a Euskadi. Pero, junto a la continuidad institucional, Navarra posee otra característica, sobre la que el navarrismo (que controla buena parte tanto de la historiografía académica como de la que se presenta como tal) suele pasar de puntillas: una terrible discontinuidad lingüística. En un tercio de Navarra no solo se ha perdido el euskara, sino también su recuerdo. Según los cálculos de Fernando Mikelarena, hasta el siglo XIX, los vascófonos constituyeron la mayor parte de la población de nuestra provincia<sup>6</sup>. En mi opinión, no es en absoluto casual que precisamente el territorio con mayor continuidad institucional sea, junto con Álava, el de mayor discontinuidad lingüística. En seguida intentaré explicarme.

La actual Navarra coincide aproximadamente con el territorio de los vascones protohistóricos. Sin embargo, como Luis Michelena sentenció hace ya mucho tiempo, ni todos los vascones eran vascófonos, ni todos los vascófonos eran vascones<sup>7</sup>. Hemos encontrado huellas de una lengua

---

<sup>6</sup> Fernando Mikelarena, 2003, «La evolución demográfica de la población vascoparlante en Navarra entre 1553 y 1936», *Fontes Linguae Vasconum*, XXXV, número 92, 2003, pp. 183-197. Según este autor, los vascófonos constituirían el 53,1% de la población de Navarra en 1778, porcentaje que habría descendido al 30,1% para 1863.

<sup>7</sup> Luis Michelena, «Los vascos y su nombre», *Revista Internacional de Estudios Vascos*, año 32, XXIX, número 1, 1984, p. 12.

parecida al vascuence en Aquitania, lejos del actual *Zazpiak-Bat*, pero no existe la menor prueba de que en la actual Ribera el euskara haya sido jamás una lengua mayoritaria<sup>8</sup>. Porque en Navarra existen únicamente dos comarcas históricas: la Montaña, *grosso modo* la zona que ha sido de lengua vasca (es decir, *euskal herria* en su sentido etimológico), y la Ribera, en la que en los últimos mil años el romance, en sus diversas variantes, ha sido siempre el idioma mayoritario (es decir, *erdal herria*, también en su sentido etimológico). La «Zona Media» es una denominación del siglo XIX y se corresponde más o menos con el territorio que en un origen fue vascófono, pero que ulteriormente se castellanizó<sup>9</sup>.

Los navarros aparecen en la historia a principios del siglo IX, en época de Carlomagno<sup>10</sup>. Y ahora, unos matices. He señalado que el Reino de Pamplona fue fundado por Iñigo Arista y eso no es totalmente cierto. Iñigo no fue más que uno entre los muchos caudillos que aparecieron en los primeros siglos de la llamada Reconquista. El verdadero organizador del Reino de Pamplona fue Sancho Garcés, a principios del siglo X. Como intentaré demostrar, la creación del reino tuvo una importancia decisiva en el destino de la lengua vasca. El territorio que controlaban los Arista estaba centrado en la Comarca de Pamplona, que por entonces estaba enclavada en plena zona vascófona, salvedad hecha de la propia capital (en la que, desde que tenemos noticias, existió una minoría de lengua romance)<sup>11</sup>. Sancho, en cambio, pertenecía a

---

<sup>8</sup> Una síntesis de los datos disponibles sobre la distribución geográfica de las lenguas habladas en Navarra antes de la romanización (fundamentalmente vascuence, celtibero e ibérico) en Joaquín Gorrochategui, «Situación histórica de Navarra y aledaños en la antigüedad a partir de fuentes epigráficas», *Príncipe de Viana*, XVIII, *Primer Congreso General de Historia de Navarra*, 1987, Anejo 7, 2, *Comunicaciones*, pp. 435-445.

<sup>9</sup> A pesar de que ya en las Cortes de Navarra de 1757 se hablaba de «País Medio» es el catalán Mañé y Flaquer el primero que se refiere a la «Zona Media» en fechas tan tardías como 1878. *Vide* Alfredo Floristán Samames, *Geografía de Navarra*, Diario de Navarra, Pamplona, 1995, I, pp. 5-9; y Xabier Zabaltza, *Mater Vasconia. Lenguas, fueros y discursos nacionales en los países vascos*, Hiria, San Sebastián, 2005, p. 52.

<sup>10</sup> Alberto Pérez de Laborda, *Guía para la historia del País Vasco hasta el siglo IX. Fuentes, textos, glosas e índices*, Txertoa, San Sebastián, 1996, pp. 243-294.

<sup>11</sup> Uno de los escasísimos testimonios de la situación lingüística de la época, el cronista al-Himyari, al referirse a la campaña de Abd al-Rahaman III en Bambiluna (Pamplona) en 924 afirma que «*La mayoría hablan vasco*, lo que les hace incomprensibles». *Vide* José María Jimeno Jurío, *Navarra. Historia del Euskera*, Txalaparta, Tafalla, Navarra, 1997, p. 45. Esta cita de al-Himyari plantea más dudas de las que resuelve. Queda claro que el vascuence (*al-bashkiya*) era la lengua de la mayoría de la población pamplonesa, pero, también, que ya por entonces, una minoría hablaba romance. Ahora bien ¿era este último una lengua autóctona o importada? (no sé si tiene mucho sentido esta pregunta habida

la familia de los Jimeno y, al parecer, el núcleo de esa dinastía no estaba originalmente en Pamplona, sino en Sangüesa (y en Leire), en una zona, si no «romanceada» por completo, en vías de rápido «romanceamiento»<sup>12</sup>. Es decir, para el siglo x, encontramos en Navarra por lo menos dos de las tres zonas lingüísticas actuales, utilizando de modo anacrónico la terminología impuesta por la Ley Foral del Vascuence (1986): la zona vascófona, en torno a Pamplona, y la zona mixta, en torno a Sangüesa. En tiempos de Sancho, el Reino se extendía hasta una línea marcada por Cárcar, Peralta, Falces, Carcastillo, Caparros, Peña y Sos<sup>13</sup>, es decir, unos veinte kilómetros al sur del límite histórico del vascuence, pero la tercera zona lingüística a la que aludía, la no vascófona, no cobrará importancia significativa hasta los siglos xi y xii. Como veremos a continuación, las fronteras del Reino se expandieron entonces hasta Cortes, unos sesenta kilómetros más al sur, hasta situarse a unos ochenta kilómetros del límite lingüístico.

En 1076, tras la muerte sin hijos del rey Sancho el de Peñalén, el reino de Pamplona se unió con el de Aragón y así permaneció durante dos generaciones, hasta 1134<sup>14</sup>. Ese año, los nobles pamploneses decidieron separarse de Aragón y nombraron rey a García Ramírez el Restaurador. Pero los límites de 1134 no eran los de 1076. En las décadas anteriores a la separación de

---

cuenta de que la frontera lingüística se encontraba a escasos 30 kilómetros), ¿era hablada por todos los sectores sociales o solo por las elites?, ¿era lengua materna o solo una lengua de casta, con valor administrativo y ritual, transmitida por medio de la escuela, como el latín?, ¿eran los romanzados bilingües, es decir, hablaban también vascuence?...

<sup>12</sup> José María Lacarra, *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*, Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona, 1975, p. 44; Xabier Erize Etxegarai, *Nafarroako euskararen historia soziolinguistikoa (1863-1936)*. *Soziolinguistika historikoa eta hizkuntza gutxituen bizitza*, Nafarroako Gobernu, Iruñea, 1997, p. 235; y Gabriel María Verd Conradi, «El topónimo y la lengua del castillo de Javier», *Príncipe de Viana*, 257 (2013), pp. 313-376, de quien tomo los útiles neologismos «romancear» y «romanceamiento», de sentido más amplio que «castellanizar» y «castellanización». Para el papel determinante desempeñado por el monasterio de Leire en la historia lingüística de Navarra, vide Fernando González Ollé, «La función de Leire en la génesis y difusión del romance navarro, con noticia lingüística de su documentación», *Príncipe de Viana*, 58 (1997), pp. 653-707; 59 (1998), pp. 483-522; y 60 (1999), pp. 757-821.

<sup>13</sup> José María Lacarra, *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*, Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona, 1975, p. 79. La posible etimología del nombre de Funes, al sur de Peralta, fortificado por Sancho el Mayor (de *finis*, «límite»), como la de *Erriberri*, que se expondrá más adelante, parece expresar la idea de frontera entre el primitivo núcleo del reino pamplonés y al-Andalus, incluida la Ribera tudelana.

<sup>14</sup> Adopto, con matices, la hipótesis que el escritor Aingeru Epaltza me transmitió oralmente hace ya muchos años. Epaltza me hizo caer en la cuenta de la importancia de los años de unión con Aragón (1076-1134) para la ulterior historia del euskara en Navarra.

Aragón y Pamplona, Alfonso el Batallador había arrebatado la Ribera Tudelana a los musulmanes. Como García era tenente de Tudela, la Ribera quedó para Pamplona, y no para Aragón. Es decir, en el siglo XII, se incorporaron a la Corona territorios que nada tenían de vascos y se perdieron para siempre otros que sí lo eran: Álava, Guipúzcoa y el Duranguesado. Sea casual o no, en el mismo siglo en el que el Reino de Pamplona truco su nombre por el de Navarra también cambió significativamente su composición étnica. Durante el siglo posterior a la unión de Pamplona y Tudela, tenemos indicios que nos permiten suponer que los tudelanos no se sentían navarros<sup>15</sup>. Xabier Erize, en una obra que merece mucho más atención de la que se le suele dispensar, nos ha hecho caer en la cuenta de que de las 55 poblaciones que en la Edad Media estaban representadas en las Cortes del Reino, 35 estaban en la Ribera, fuera del reino originario de Pamplona<sup>16</sup>. Desde el punto de vista institucional, el Reino de Navarra no era un estado vasco. Por supuesto que no.

Salvo en el Imperio Romano, en la historia no ha existido nunca una unidad política que reuniera la totalidad de las siete provincias vascas actuales. Sancho el Mayor (1004-1035), por ejemplo, a pesar de que hay quien lo ha considerado como el Salomón vasco<sup>17</sup>, no reinó ni en Labort, ni en Sola (aunque entre 1032 y 1035 reivindicó Gascuña, que incluía entre sus feudos ambos vizcondados), ni en los actuales valles bajonavarros de Mixa y Ostabares, ni siquiera en la Ribera Tudelana, que, como se ha dicho, no fue conquistada hasta ocho décadas después de su muerte, y sí, en cambio, en una amplia franja que nadie, espero, considerará vasca, desde Astorga hasta la Ribagorza. Sancho nunca se tituló Rey de Vasconia, ni siquiera Rey de Navarra, sino Rey de los Pamploneses e incluso, en alguna ocasión discutida, Rey de las Españas<sup>18</sup>.

---

<sup>15</sup> José María Lacarra, *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*, Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona, 1975, p. 246; José María Jimeno Jurío, «La voz “euskera” ¿invento moderno?», *Fontes Linguae Vasconum*, XXVIII, número 72, 1996, p. 327.

<sup>16</sup> Xabier Erize Etxegarai, *Nafarroako euskararen historia soziolinguistikoa (1863-1936)*. *Soziolinguistika historikoa eta hizkuntza gutxituen bizitza*, Nafarroako Gobernua, Iruñea, 1997, pp. 240-242.

<sup>17</sup> Jean-Louis Davant, *Historia del pueblo vasco*, Elkar, San Sebastián, 1980 (1977), pp. 48-49.

<sup>18</sup> Los tres documentos en los que Sancho el Mayor se titula «rex Dei Gratia Hyspaniarum», fechados en los años 1017, 1030 y 1033, son al parecer falsos o al menos se hallan muy interpolados. *Vide* Roldán Jimeno Aranguren y Aitor Pescador (ed.), *Colección documental de Sancho III, el Mayor, rey de Pamplona (1004-1035)*, Nabarralde, Pamiela, Pamplona, 2004, pp. 106, 109, 210-213 y 248-254.

Curiosamente, el primer nacionalismo vasco era consciente de la falta de precedentes históricos de un estado vasco unitario. El fundador del Partido Nacionalista, Sabino Arana (1865-1903), sabía perfectamente que *Euzkadi* no había existido nunca. Según él, lo que había existido era cada uno de sus siete territorios, a los que, significativamente, denominaba «estados». Su *Euzkadi* sería la futura federación o confederación (Sabino no distinguía muy bien entre ambos conceptos) de los supuestos siete estados vascos que han existido a lo largo de la historia<sup>19</sup>. En cambio, Anacleto Ortueta (1877-1959), uno de los fundadores de Acción Nacionalista Vasca, muy influido por la visión historiográfica de Arturo Campión (1854-1937)<sup>20</sup>, pensó que el Reino de Navarra fue el estado de todos los vascos<sup>21</sup>. Como suele ocurrir, en las posiciones históricas de Arana y de Ortueta se dejan traslucir sus posturas políticas: el nacionalismo del PNV era (con)federalista; el de ANV, por el contrario, unitarista. Los dos, en un ejercicio de *wishful thinking* bastante típico, desplazaron al pasado lo que deseaban para el futuro. Podemos concluir que ANV, vía los Estornes Lasa<sup>22</sup>, Federico Krutwig<sup>23</sup> y Nabarralde<sup>24</sup>, ha impuesto su visión navarro-

<sup>19</sup> Xabier Zabaltza, «El significado oculto de la palabra “Euzkadi”», *Fontes Linguae Vasconum*, número 74, 1997, pp. 77-83.

<sup>20</sup> Tal vez la obra historiográfica más importante de Campión fue *Navarra en su vida histórica*, publicada en 1925. Vide Arturo Campión, «Nabarra en su vida histórica» (1925), en Arturo Campión, *Obras completas*, Mintzoa, Pamplona, 1983-1985, III entero y IV, pp. 15-173.

<sup>21</sup> Gaizka Aranguren, antiguo miembro de Nabarralde, ha realizado una compilación de la obra historiográfica de Ortueta. Vide Anacleto Ortueta Azkuenaga, *Nabarra: Estado político de Vasconia*, Pamiela, Pamplona, 2002.

<sup>22</sup> Las entradas de índole histórica escritas por los hermanos Estornes Lasa en la *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco*, publicada desde 1969, y no digamos ya su cuerpo *Historia general de Euskalerría* son un ejemplo paradigmático de ese navarrocen-trismo. Aunque pueda sorprender a causa de su nacionalismo ortodoxo, la obra historiográfica del *lendakari* Aguirre, redactada entre 1942 y 1960, se encuentra más cerca del navarrocen-trismo de los Estornes Lasa que del federalismo de corte *bizkaitarra* de Sabino Arana. Vide Iñaki Aguirre Zabala, «José Antonio Aguirre y Lecube. Político-historiador del pueblo vasco (1904-1960)», *Notitia Vasconiae*, I, 2002, pp. 579-606.

<sup>23</sup> Fernando Sarrailh de Ihartza (=Federico Krutwig), *La nueva Vasconia*, Ediciones Vascas, San Sebastián, 1979 [1963]. Este libro, publicado por primera vez en 1963, ha sido considerado a menudo (sin razón) como la Biblia de la primera ETA.

<sup>24</sup> La asociación Nabarralde se creó oficialmente en octubre de 2001 con el objetivo de «recuperar» la conciencia navarra en lo que sus miembros denominan «Navarra Entera» (*Nabarra* o *Nafarroa Osoa*), cuyos límites son más amplios que los de la Vasconia actual ya que incluyen territorios que en algún momento pertenecieron al Reino de Pamplona, como la Rioja, la Bureba, el norte de Aragón e incluso Gascuña, que, como se ha dicho,

céntrica de la historia al conjunto del nacionalismo vasco, incluida ETA<sup>25</sup>. Obvia señalar que la sustitución del «bizkaitarrismo» originario por el «nabarrismo» de nuevo cuño se ha mostrado compatible con la ambigüedad en torno al modelo organizativo del futuro estado vasco. Hoy la polémica entre confederalismo, federalismo y unitarismo no parece interesar a nadie y, menos aún, a los próceres de las diversas fuerzas abertzales. Y es que la Gran Navarra no deja de ser un sucedáneo del Gran Euskadi que ha fracasado en su intento subrepticio de atraer a los navarros hacia la causa nacionalista vasca.

Pero volvamos al tema de la lengua. Como íbamos diciendo, en Navarra, la pérdida del euskara, casi imperceptible al principio, más rápida después, se documenta por lo menos desde el siglo X, en las comarcas que estaban en contacto con Aragón, Castilla y al-Andalus, así como con la Ribera, que enseguida sería incorporada al Reino (curiosamente, el vascuence se mantuvo en la Rioja Alta varios siglos más). Más adelante se insistirá en dos ideas fundamentales. La primera es que el romance se extendió siempre de Sur a Norte y de Este a Oeste, es decir, partiendo de las zonas más expuestas al contacto exterior. La segunda es que el romanceamiento lingüístico de la parte vascófona de Navarra ocurrió en un principio fomentada desde la propia Navarra, no obligada por Castilla o por España, en una época muy anterior a la Conquista de 1512 y, ni que decir tiene, a la Guerra del 36. En palabras de Xabier Erize, «Nafarroako konkistak ez zuen

---

nunca formó parte del Reino de manera efectiva. El libro emblemático de esa asociación es *La Navarra marítima*, de Tomás Urzainqui (Pamiela, Pamplona, 1998), con varios miles de ejemplares vendidos, que marcó el inicio de la nueva moda navarrocentrismo que nos invade. Urzainqui se desmarcaría posteriormente de la asociación. Otro libro importante de la colección es *Navarra, el Estado Vasco*, de Mikel Sorrauren (Pamiela, Pamplona, 1999). Santi Leoné (*Euskal Herri imaginario baten alde*, Elkarlanean, Donostia, 2008) y Xabier Zabaltza (*Gu, nafarrok*, Alberdania, Irun, 2007, y *Nosotros, los navarros*, Alberdania, Irun, 2009) han criticado los supuestos ideológicos de Nabarralde, así como el empleo meramente testimonial de la lengua vasca en sus publicaciones y su defensa de postulados políticos actuales recurriendo a su peculiar interpretación de la historia.

<sup>25</sup> No creo que sea en absoluto casual que menos de dos años después de la creación de Nabarralde, en junio de 2003, la organización armada ETA anunciara que a partir de entonces colocaría en todas sus declaraciones públicas la bandera de Navarra y el *Arrano Beltza* o Águila Negra, del que se supone que fue el emblema de los reyes de Navarra antes de la batalla de las Navas de Tolosa (1212). Véase la nota de prensa de Europa Press del 23 de junio de 2003 titulada «Una publicación de ETA muestra que altos cargos del Estado están entre los objetivos de la banda». Agradezco al profesor Dr. Jesús Casquete el haberme facilitado esta nota.

hizkuntz arazoen norabidean aldaketa kualitatiborik ekarri. Erromantzearen aldeko apostua askoz lehenagotik egina zegoen Nafarroako estatuan»<sup>26</sup>.

Hemos mencionado la existencia de dos zonas en Navarra desde el punto de vista histórico y lingüístico. Sería tentador identificar la zona vascofona con el *saltus Vasconum* y la zona no vascofona con el *ager Vasconum* que mencionan los clásicos. Cabe señalar que la moderna historiografía da por superada esa duplicidad y que sin duda se han exagerado las diferencias entre ambas zonas en lo que se refiere al influjo romano y al peso de la agricultura<sup>27</sup>. Es claro que el norte de Navarra estaba bastante más romanizado de lo que una visión romántica ha querido suponer y de que las prácticas agrícolas estaban bien desarrolladas antes incluso de la llegada de los romanos. Sin embargo, el reconocimiento de esa obviedad no debe llevarnos al extremo contrario, a saber: minusvalorar la no menos obvia existencia de dos zonas lingüísticas en Navarra y suponer una presencia vascofona significativa en el tercio sur de la provincia. Porque, aunque hoy carezca de sentido hablar de *saltus* y de *ager* como conceptos contrapuestos, el caso es que sí existen (o han existido) dos zonas lingüísticas, cuyo límite histórico se encuentra más o menos a la altura de Tafalla<sup>28</sup>. El topónimo *Erriberri*

---

<sup>26</sup> «La conquista de Navarra no conllevó cambios cualitativos en cuestiones lingüísticas. En el estado navarro la opción por el romance estaba tomada desde hacía mucho tiempo». Xabier Erize Etxegarai, *Nafarroako euskararen historia soziolinguistikoa (1863-1936)*. *Soziolinguistika historikoa eta hizkuntza gutxituen bizitza*, Nafarroako Gobernua, Iruñea, 1997, p. 248.

<sup>27</sup> La moderna historiografía ha criticado la distinción, casi ontológica, entre el *saltus* y el *ager Vasconum*, dicotomía que posiblemente debe más a la pluma de Caro Baroja que a la de Plinio y Tito Livio. *Ager* incluía una connotación política, no solo geográfica, mientras que *saltus* tenía, entre otros muchos sentidos, el de una medida de superficie (unas 200 hectáreas), así que no existía ninguna oposición entre ambos términos, *vide* Mertxe Urteaga, «El Vasconum Saltus y Oiasso», en *Aportaciones a la historia de Euskal Herria*, GITE-IPES, Bilbao, 2011, pp. 71-96, donde se identifica el *saltus Vasconum* con las Peñas de Aia.

<sup>28</sup> Jimeno Jurío ha constatado la existencia de toponimia vasca bastante más al sur, en Los Arcos, Lazagurría, Mendavia, Sesma, Lerín, Allo, Miranda de Arga, Falces, Peralta y Funes. *Vide* José María Jimeno Jurío, *Navarra. Historia del Euskera*, Txalaparta, Tafalla, Navarra, 1997, pp. 60-61. A mi juicio, esa toponimia vasca, muy residual, por no decir anecdótica, está más relacionada con la de la Rioja (donde el vascuence se mantuvo hasta la Baja Edad Media) que con la de territorios navarros más septentrionales. En cuanto a Carcastillo y alrededores, su muy minoritaria toponimia vasca bien podría deberse a la trashumancia de pastores roncaleses y salacencos hacia la Bardena. Finalmente, *Azkoien*, el supuesto nombre vasco de Peralta, es un neologismo acuñado a principios del siglo XX por Julio Altadill, *vide* Mikel Belasko, *Diccionario etimológico de los nombres de los pueblos, villas y ciudades de Navarra. Apellidos navarros*, Pamiela, Pamplona, 1999 (2) [1996], pp. 358-359.

(«Tierra Nueva» o «Extremadura»), recogido en el siglo XVI por Garibay, quien lo consignó como el equivalente euskérico de Olite, se refiere en realidad al territorio de lengua romance que los navarros vascófonos iban arrebataando a los musulmanes<sup>29</sup>. Porque el vascuence no ha sido nunca la lengua de *todos* los navarros. Como el euskara se ha perdido en la actual Zona Media (así lo demuestra la toponimia), tendemos a pensar que también se ha perdido en la Ribera<sup>30</sup>. Pero, para bien o para mal, eso no es cierto.

Que sepa, al euskara se le denomina *lingua Navarrorum* en un solo documento, privado por más señas, de la época del rey Sancho el Sabio, del año 1167 concretamente, que desde Moret suele atribuirse sin ningún fundamento a la pluma del propio rey<sup>31</sup>. No se puede negar el extraordinario éxito de ese hápax. No me voy a detener en la teoría sobre el irredentismo navarro concerniente a ese monarca<sup>32</sup>, pues fue precisamente el Rey Sabio el que difundió la denominación de «Reino de Navarra», en perjuicio de la originaria, que era, como se ha señalado, «Reino de Pamplona». Lo único que nos interesa ahora es lo siguiente: que la lengua que en los documentos del siglo XIV es denominada *lengoage de Navarra* o *ydioma de Navarre Terre* no es el vascuence, sino el romance navarro<sup>33</sup>. El romance era la lengua que durante la Edad Media hablaban la mayoría en la Ribera, fueran cristianos, moros o judíos<sup>34</sup>, y que en la

<sup>29</sup> Julio Caro Baroja, *Etnografía histórica de Navarra*, Aranzadi, Pamplona, 1971, I, p. 137.

<sup>30</sup> Para conocer la toponimia menor de Navarra y, por lo tanto, para establecer los límites históricos del euskara, resultan imprescindibles los cincuenta y nueve volúmenes publicados bajo la dirección de José María Jimeno Jurío *Toponimia y cartografía de Navarra. Nafarroako toponimia eta mapagintza*, Gobierno de Navarra, Trabajos Catastrales S.A., Pamplona, 1992.

<sup>31</sup> José María Lacarra, *Vasconia medieval. Historia y filología*, Publicaciones del Seminario Julio de Urquijo de la Excma. Diputación Provincial de Guipúzcoa, San Sebastián, 1957, p. 24; Gabriel María Verd Conradi, «El topónimo y la lengua del castillo de Javier», *Príncipe de Viana*, 257 (2013), pp. 342-345.

<sup>32</sup> Según esa teoría, defendida entre otros por el eminente medievalista Ángel Martín Duque, *Navarrus*, derivado del vascuence *nabar*, «reja de arado», sería equivalente de *arator*, «campesino», es decir, se trataría de un término social, no étnico, opuesto a *Pampilonensis*, reservado para los nobles. Sancho VI habría acabado con esos distinguos adoptando el nombre de Navarra para el reino en lugar del de Pamplona.

<sup>33</sup> Luis Michelena, «Los vascos y su nombre», *Revista Internacional de Estudios Vascos*, año 32, XXIX, número 1, 1984, p.15.

<sup>34</sup> Entre los siglos II y XIX el hebreo fue exclusivamente la lengua ritual, es decir, no vernácula, de los judíos de todo el mundo, que adoptaban, con modificaciones, las lenguas de los territorios en los que vivían. Vide Xabier Zabaltza, *Una historia de las lenguas y los*

Montaña los cultos, es decir, los ricos, por lo menos leían y escribían, ya que, por desgracia, el euskara era una lengua ágrafa. El romance navarro y el castellano fueron confluyendo en un proceso que se prolongó durante siglos para concluir antes de la Conquista. Por su parte, el occitano, lengua (o conjunto de lenguas) de los francos de los burgos de Pamplona, Estella y Sangüesa, estaba en decadencia para el siglo XIV<sup>35</sup>. Sería apasionante determinar hasta qué punto actuaron los romances navarro y occitano de barrera entre el castellano y el euskara, como, por ejemplo, el asturiano-leonés y el aragonés separaron el castellano del gallego y del catalán durante siglos, contribuyendo al mantenimiento de estos dos últimos idiomas, aun a costa de su práctica desaparición. A falta de datos concluyentes, podemos establecer sin embargo que la primera víctima de la castellanización lingüística del Viejo Reino no fue el vascuence, sino el romance navarro.

En Navarra y en toda Vasconia (y no solo en Vasconia, por supuesto), tenemos una gran tendencia a inventar enemigos externos. Si hoy en día el euskara no se habla en muchos sitios del *Zazpiak-Bat* no es por lo visto porque, en algunos de ellos al menos, nunca se haya hablado, sino porque hemos sufrido una opresión terrible por parte de españoles y franceses. En mi humilde opinión, en cambio, no hay necesidad de buscar «enemigos» del euskara fuera de Navarra. El éxito del romance y del castellano se explica perfectamente por factores internos, si bien los factores externos pudieron coadyuvar en los últimos siglos. Hasta 1841 Navarra fue un reino, pero ni un solo documento de sus Cortes y Diputaciones está escrito en lengua vasca. Porque las instituciones del Antiguo Régimen no represen-

---

*nacionalismos*, Gedisa, Barcelona, 2006, pp. 86-98, con amplia bibliografía. Más complicado resulta el análisis de la situación de la lengua árabe entre los musulmanes de Navarra. En principio podemos pensar que la mayor parte de ellos eran muladíes, es decir, antiguos cristianos conversos de lengua mayoritaria romance, y que los árabes constituían una minoría, *vide* Ricardo Ciérbide, «El Euskera en la Navarra medieval en su contexto románico», *Fontes Linguae Vasconum*, 30, número 79, 1998, p. 507. Es llamativo que solo tres poblaciones de la Ribera, Tafalla, Azagra y Almonasteri (actualmente, San Adrián) tengan nombre árabe. Todas las demás poseen denominación romance o prerromana (que no vasca). A falta de estudios más profundos, parece ser que los únicos lugares de la Ribera donde existe toponimia menor arábica digna de ser tenida en cuenta son Tudela y los pueblos circundantes (Ablitas, Barillas, Corella y Cortes). Agradezco esta información a Mikel Belasko.

<sup>35</sup> José María Lacarra, *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*, Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona, 1975, p. 454; Ricardo Ciérbide, «El Euskera en la Navarra medieval en su contexto románico», *Fontes Linguae Vasconum*, 30, número 79, 1998, p. 512.

taban a los elementos populares, sino únicamente a los estamentos privilegiados. Y esos estamentos, fundamentalmente la nobleza, funcionaban en romance, por lo menos en sus actividades públicas. Se nos olvida a menudo que hasta el siglo XIX, los analfabetos constituían en torno al 90 o 95% de la población<sup>36</sup> y que la escuela era solo para la nobleza y el clero y, claro, la escuela los educaba en castellano. Para 1857, cuando el ministro Moyano aprobó su famosa ley, que estuvo en vigor durante casi 120 años, las instituciones navarras llevaban décadas impulsando la enseñanza obligatoria en castellano en las escuelas<sup>37</sup> y el vascuence estaba a punto de convertirse en una reliquia en la mayor parte de lo que en seguida se empezaría a llamar Zona Media (una anécdota: en Cataluña también se utilizó el anillo en las escuelas para penalizar el uso del catalán, pero la lengua no se perdió; eso prueba que el sistema educativo no es suficiente para erradicar un idioma). Según Clara Eugenia Núñez, a principios del siglo XX el 55% de la población española (y el 33% de la navarra) era analfabeta<sup>38</sup>, lo que nos debería hacer cuestionar si la ley Moyano, que ha sido considerada como uno de los pilares de la castellanización lingüística, fue realmente tan efectiva como se ha supuesto.

La difusión del romance navarro primero y del castellano después fue fomentada durante siglos por las propias instituciones navarras. No digo que ese fomento tuviera intención política, porque hablar de «política lingüística» antes del siglo XIX es un puro anacronismo. Pero el caso es que las instituciones del Reino contribuyeron al prestigio del romance e, indirectamente, a la marginación del vascuence. Si ha habido una opresión del euskara —concepto tan real como difícil de definir— ésa mucho más que una opresión «nacional» ha sido una opresión de clase (las comillas van porque me resisto a hablar de naciones antes del siglo XVIII). Desde 1512, a las instituciones navarras se unieron las de la Corona castellana. Se pueden elaborar larguísima memoriales de los agravios realizados por Austrias y Borbones al vascuence y las demás lenguas no castellanas de Es-

---

<sup>36</sup> Luis Sánchez Agesta, *Historia del constitucionalismo español (1808-1936)*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid (4), 1984, p. 568

<sup>37</sup> Xabier Erize Etxegarai, *Nafarroako euskararen historia soziolinguistikoa (1863-1936)*. *Soziolinguistika historikoa eta hizkuntza gutxituen bizitza*, Nafarroako Gobernua, Iruñea, 1997, p. 438.

<sup>38</sup> Citada por Jesús María Valdaliso, «Industrializazioa XX. mendean lehen herenean eta haren protagonistak», en José Luis de la Granja y Santiago de Pablo (coord.), *Laurak bat. Euskadi eta Nafarroa XX. mendean*, UPV/EHU, 2010, p. 188.

paña. Esas listas existen ya<sup>39</sup> y deben ser valoradas en su justo término. En general adolecen de falta de contextualización. Por ejemplo, la Real Célula de 23 de junio de 1768, dada por el rey Carlos III, suele ser citada como uno de los primeros ejemplos de injerencia lingüística en España a favor del castellano. Y sin duda lo fue, aunque no el sentido que suele atribuírsele, pues lo que pretendía tal disposición no era acabar con el uso administrativo del catalán (y mucho menos con el del euskara), que en aquel momento, más de medio siglo después de la Nueva Planta, no suponía ningún desafío a la hegemonía del idioma que estaba empezando a convertirse en «nacional», sino con el del todavía omnipresente latín<sup>40</sup>. Y la población a la que se dirigía no era el pueblo llano, sino, una vez, más tan solo las élites, que era el único sector con conciencia nacional y por lo tanto el único que constituía realmente la nación española en ciernes. Así que la influencia en la evolución sociolingüística del euskara de la Real Célula de 1768, como la de otras semejantes que se produjeron entre los siglos XVI y XVIII, tuvo que ser prácticamente nula.

A menudo nos preguntamos cuántos navarros sabían euskara en una época determinada. En mi opinión, la pregunta correcta no es ésta, sino esta otra: cuántos navarros sabían romance. Es decir, cómo podía funcionar una administración en una lengua que, aparentemente, muchísimos navarros no entendían. Sospecho que la administración, no solo la del Estado, sino también la de la propia Navarra, a pesar de la idealización de la que es objeto esta última por parte de la historiografía navarrista, ha sido algo ajeno a la mayor parte de los navarros hasta época reciente. Porque, desde el punto de vista lingüístico, el Reino de Navarra era tan romanizado como el de Castilla, ya que solo los estamentos privilegiados (romanizados por escrito y a menudo también oralmente) formaban parte de las Cortes y las Cortes eran el Reino. Los campesinos (vascongados al norte de Tafalla, romanizados al sur) estaban fuera del sistema.

Hay una palabra que describe perfectamente la situación sufrida por el euskara a lo largo de su historia, antes y después de 1512. Esa dichosa palabra es «diglosia». Antes de la aparición del nacionalismo vasco el eus-

---

<sup>39</sup> Por ejemplo, para el caso vasco Joan Mari Torrealdai, *El libro negro del euskera*, Tartalo, San Sebastián, 1998.

<sup>40</sup> Fernando González Ollé, «El largo camino hacia la oficialidad del español en España» en Manuel Seco y Gregorio Salvador (coord.), *La lengua española hoy*, Fundación Juan March, Madrid, 1995, p. 49; Juan Ramón Lodares, *El paraíso políglota. Historias de lenguas en la España moderna contadas sin prejuicios*, Taurus, Madrid, 2000, pp. 57-58

kara no era un motivo de conflicto en Navarra y el nacionalismo es fundamentalmente una creación de los castellanohablantes<sup>41</sup>. A lo largo de toda la historia, no tenemos noticia de ningún problema de convivencia lingüística entre las dos zonas de Navarra, llámense Montaña y Ribera o, si se prefiere, *euskal herria* y *erdal herria*. Casi podríamos afirmar que la misma permanencia de Navarra constituye un desmentido en toda regla del relativismo lingüístico y de la identificación romántica entre lengua y nación. En Castilla se distinguió durante siglos entre Castilla la Vieja, el núcleo originario, y Castilla la Nueva, el territorio despojado al Islam, y otro tanto pasó en Cataluña, entre la *Catalunya Vella* y la *Catalunya Nova*. Y ello a pesar de que en Castilla y en Cataluña las diferencias idiomáticas, despreciables salvo para los filólogos, en ningún caso impiden la comunicación. En Navarra, en cambio, donde existía una diferencia lingüística abismal entre el norte vascongado y el sur romanizado, se mantuvo el término *Erriberri* («Tierra Nueva») solo por casualidad y no tenemos ningún indicio de que existiera un \**Errizar* («Tierra Vieja»). Tanto es así que para tiempos de Garibay no se entendía el sentido del topónimo y se confundía con Olite. Jamás, durante el milenio de existencia del Reino, tienen las reivindicaciones de los vascófonos navarros la menor connotación política. Así, por ejemplo, las actas de las Cortes de Navarra ocupan una veintena de volúmenes, pero el euskara solo aparece en el siglo XVII, porque los soldados euskaldunes pedían curas que les pudieran dispensar los sacramentos en su lengua<sup>42</sup>. Y, en efecto, el clero es durante todo el Antiguo Régimen el estamento más interesado en el euskara, y ello, a menudo, por cuestiones prácticas: los curas vascongados podían competir con curas romanizados por el control de parroquias euskaldunes<sup>43</sup>. Euskal Herria no era una nación: no podía serlo, porque quienes podrían haber

<sup>41</sup> No solo el nacionalismo, también el fuerismo y el vasquismo prenacionalista de la Asociación Euskara de Navarra, creada en 1877, fueron obra fundamentalmente de castellanohablantes, *vide* Xabier Erize Etxegarai, *Nafarroako euskararen historia soziolinguistikoa (1863-1936)*. *Soziolinguistika historikoa eta hizkuntza gutxituen bizitza*, Nafarroako Gobernua, Iruñea, 1997, p. 519. La primera sociedad Navarra con una presencia significativa de vascófonos fue Euskeraren Adiskideak, creada en Pamplona en 1925, cuando ya se había consumado el proceso de sustitución lingüística en gran parte del territorio.

<sup>42</sup> Luis Javier Fortún (ed.), *Actas de las Cortes de Navarra (1530-1829)*, Parlamento de Navarra, Pamplona, 1991-1996, III, pp. 282, 286 y 461.

<sup>43</sup> José María Jimeno Jurío, *Navarra. Historia del Euskera*, Txalaparta, Tafalla, Navarra, 1997, pp. 111-114 y *Navarra, Gipuzkoa y el Euskera. Siglo XVIII*, Pamiela, Pamplona, 1998, pp. 50-51.

funcionado como clase nacional habían apostado por el romance desde el principio y se habían integrado gustosamente en la incipiente nación española o, en su caso, francesa.

Recapitulo. El euskara ha perdido territorio a causa de la opción lingüística de las elites y de la dejación de muchos euskaldunes. No es casualidad que el proceso de pérdida se acelerara con el establecimiento del sistema liberal. Durante el Antiguo Régimen, la propia estructura estamental había favorecido la permanencia del euskara, aunque fuera como lengua de rango inferior en una situación puramente diglósica. Con la aparición de un discurso igualitario propio de la mentalidad burguesa, la separación castellano/euskara perdió su sentido en muchos lugares, lo que redundó en perjuicio de la lengua vasca. En Navarra debió ocurrir un fenómeno semejante al del País Valenciano y que fue estudiado en su día por el sociolingüista Rafael Lluís Ninyoles:

No sembra arriscat d'establir que les mateixes classes superiors contrarestarien, sense pretendre-ho, la política assimilacionista de l'Estat. En una època en què el monopoli del castellà era gelosament mantingut com a signe de classe, la pressió uniformitzadora externa es veuria, prou paradoxalment, frenada per les distàncies socials internes<sup>44</sup>.

La castellanización es, por tanto, anterior a la implantación del sistema educativo obligatorio y, no digamos ya, a la industrialización y la inmigración masiva de otras regiones españolas, fenómenos éstos que en Navarra no se producen hasta la década de los sesenta del siglo XX. Se trata de un subproducto del proceso de nacionalización español, ligado a la liquidación de la sociedad estamental y por supuesto, a la mejora de las comunicaciones, más que a la industrialización y a la inmigración, como lo prueba el hecho de que las dos provincias vascas peninsulares más industrializadas, Vizcaya y Guipúzcoa, sean las que mejor (o menos mal) han mantenido el vascuence, mientras que las dos más rurales, Álava y Navarra, en contacto más directo con zonas de lengua castellana, son las que peor lo han conservado. Pero en historia existen pocas leyes inmutables: en Labort y, en general, en toda la Vasconia continental, a la que la Revolución privó de sus instituciones, sí que se da una relación clara entre inmigración de otras zonas de Francia (aunque, y esta diferencia es de-

---

<sup>44</sup> Rafael Lluís Ninyoles, 1978: *Conflicte lingüístic valencià. Substitució lingüística i ideologies diglòssiques*, Eliseu Climent, València, 1978 (2) [1969], p. 52.

terminante, no de mano de obra, como en la Vasconia peninsular, sino de rentistas y turistas) y pérdida del euskara.

Intentemos por un momento desprendernos de la mentalidad actual. Tenemos tan interiorizado el Estado-Nación que no podemos siquiera imaginar una época en la que ese concepto no existía. Durante cientos de años, la prioridad de la inmensa mayoría de los navarros no fue precisamente normalizar el euskara, sino no morir de hambre y, si era posible, vivir un poco mejor. Como los que vivían bien hablaban (o, al menos, leían y escribían) en romance, los que vivían mal los imitaban. En Cataluña, donde nada nos hace pensar que la presión homogeneizadora del Estado haya sido más débil que la de nuestro país, más bien al contrario, no ocurrió esa sustitución lingüística. Las clases subalternas mantuvieron el catalán, entre otras razones, porque las clases altas lo mantuvieron. Además, a partir del siglo XVIII, Cataluña fue privada de sus instituciones, así es que la gobernaban desde Madrid. Cada uno de los territorios de Vasconia, gracias a sus fueros (o por culpa de ellos), se gobernaba a sí mismo<sup>45</sup>. El castellano en Cataluña era una lengua, si no extranjera sí extraña para sectores significativos de la población. Aquí, el castellano era la lengua de las elites y, a partir de ellas, la de la mayoría de los vascos peninsulares<sup>46</sup>. Nuestros fueros están escritos en diversas modalidades romances (navarro los de Navarra, castellano los de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa, francés los de Labort y gascón los de Sola y Baja Navarra) y, salvo excepciones (en Labort sobre todo, donde no casualmente existía una pequeña burguesía vascófona y vascógrafa), ésas son las lenguas en las que funcionaban las

---

<sup>45</sup> Al decir de Luis Michelena, «las instituciones propias, mientras existían, le fueron favorables [al euskara], al menos por omisión» (*El libro blanco del euskara*, Real Academia de la Lengua Vasca, Bilbao, 1977, pp. 366-367). Sin que sirva de precedente, siento disentir del gran maestro de vascólogos, al menos en lo que a Navarra respecta. Las instituciones del Viejo Reino, no pecaron meramente por omisión en el proceso lingüístico, sino, si se me permite el símil tomado del catecismo católico, también de pensamiento, palabra y obra, ya que jugaron un papel muy activo a favor del romance y/o castellano e, indirectamente, en contra del euskara.

<sup>46</sup> El castellano se difundió en la zona vascófona de la vertiente meridional del país a partir de las elites. A mi juicio, a pesar del testimonio de al-Himyari, ya citado, no hace falta recurrir a la sugerente hipótesis de María Teresa Echenique de que el latín dejó un heredero romance propio en la *euskal herria* en sentido etimológico. Vide María Teresa Echenique, *Historia lingüística vasco-románica*, Paraninfo, Madrid (2) 1987. En época más reciente Gabriel María Verd Conradi ha intentado recuperar la hipótesis de Echenique, «El topónimo y la lengua del castillo de Javier», *Príncipe de Viana*, 257 (2013), pp. 313-376.

instituciones vascas del Antiguo Régimen<sup>47</sup>. Así que el castellano nunca fue una lengua ajena en la Vasconia peninsular, ni siquiera en la Baja Navarra, donde se siguió utilizando para las convocatorias de sus Estados hasta 1772, es decir, bastante más de siglo y medio después de su incorporación a la Corona de Francia y a solo tres lustros de la Revolución<sup>48</sup>. Ni que decir tiene que los mismos señoritos que en el país despreciaban a los «jebos», es decir, a los caseros euskaldunes, en Madrid (y también en París) proclamaban las bondades del vascuence como «elemento diferencial» y, en último término, como justificación del poder que ejercían en las instituciones forales<sup>49</sup>.

Hasta ahora me he referido sobre todo a la zona originalmente vascófona de Navarra. Según hemos visto, menos de la mitad de esa zona sigue siendo euskaldun en la actualidad. Pero, además, existe otra que nunca ha sido vascófona. Y es la que ha ido cobrando importancia en las últimas décadas. Cuando se aprobó la mal llamada Ley Paccionada en 1841, tras la Merindad de Pamplona, la más poblada era la de Estella (por eso a cada una de ellas se le asignó dos representantes en la Diputación Foral, mientras que las demás merindades solo contaban con uno). Pero en la década de 1960, la población de la Ribera aumentó de modo considerable y la Merindad de Tudela quedó segunda tras la de Pamplona

---

<sup>47</sup> Imanol Trebiño y Andrés Urrutia han recopilado numerosos documentos que prueban el uso del euskara por las instituciones vascas del Antiguo Régimen. Sin embargo, es claro el predominio de la documentación municipal sobre la propiamente foral (de las cortes, asambleas y diputaciones), y, aun así, ésta es en su gran mayoría tardía y limitada en gran parte a Labort, Vizcaya y Guipúzcoa, tres territorios en los que, a diferencia de las dos Navarras y Sola, no existía representación por estamentos, lo que con el apoyo del mito de la hidalguía universal permitía mantener la apariencia de cierta igualdad jurídica antes incluso de 1789. *Vide* Imanol Trebiño, *Administrazio zibileko testu historikoak*, Herri Arduralaritzaren Euskal Erakundea, Oñati, Gipuzkoa, 2001; y Andrés Urrutia, *Bizkaiko Batzar Nagusiak eta euskara (1833-1877)*, *Euskarazko testuen bilduma eta azterketa*, Bizkaiko Batzar Nagusiak, Bilbo, 2003. Tampoco estoy afirmando que exista una relación de causa-efecto entre el uso administrativo de la lengua en la época foral y su continuidad en la actualidad. Labort es, precisamente, la provincia vasco-francesa en la que más se ha perdido el euskara, aunque en este caso no pueden olvidarse las causas exógenas, a las que ya se ha aludido.

<sup>48</sup> Xabier Zabaltza, *Mater Vasconia. Lenguas, fueros y discursos nacionales en los países vascos*, Hiria, San Sebastián, 2005, p. 102.

<sup>49</sup> La más reciente recopilación de textos de los apologistas del euskara entre los siglos XVI y XIX es la de Juan Madariaga Orbea, *Apologistas y detractores de la lengua vasca*, Fundación para el Estudio del Derecho Histórico y Autonómico de Vasconia, San Sebastián, 2008.

(por eso, en 1979, la Merindad de Tudela ganó un diputado foral, en perjuicio de la de Estella). He aquí algo que los nacionalistas vascos no quieren entender: que la población de Navarra no está distribuida como hace medio siglo. Como consecuencia de la industrialización, el peso de la Ribera ha aumentado a costa de la Montaña (con la excepción de la Comarca de Pamplona) y, por si fuera poco, la Montaña, incluyendo sus dos cabezas de merindad, Pamplona y Estella, se ha castellanizado en una gran medida<sup>50</sup>. Desde un punto de vista demográfico, y no digamos ya desde el lingüístico, la Navarra actual no tiene nada que ver con la de Sancho el Mayor, ni siquiera con la de García el Restaurador. Tal vez nunca como hoy han vivido tantos navarros en una zona donde el euskara sí que es una lengua ajena. Desde luego, mucho más ajena que el castellano en la zona vascofona. Según parece, durante los primeros siglos de la llamada Reconquista, el euskara se expandió a la Rioja y la Bureba<sup>51</sup> y no veo por qué no podría extenderse en el siglo XXI a la Ribera, si sus ha-

<sup>50</sup> Las otras tres cabezas de merindad, Sangüesa, Olite y Tudela, quedaban fuera de la zona vascofona. En cuanto a las Tierras de Ultrapuertos, la moderna Baja Navarra, incorporadas en época tardía al Reino, no constituían *sensu stricto* una merindad. Vide Susana Herreros, «¿Existió la Sexta Merindad», *Príncipe de Viana. Congreso de Historia de Navarra*, 1988, 3, *Comunicaciones*, Anejo 8, pp. 487-489.

<sup>51</sup> Por falta de espacio no puedo detenerme en la hipótesis de la «vasconización tardía» de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, a la que me he referido en una obra escrita en colaboración con Iván Igartua, *Breve historia de la lengua vasca* (Etxepare Euskal Institutua, San Sebastián, 2012, pp. 40-49). Sí quisiera comentar que el argumento principal de quienes defienden que el vascuence se hablaba en la Rioja ya antes de la llegada de los romanos (el más reciente Eduardo Aznar Martínez, *El euskera en La Rioja. Primeros testimonios*, Pamiela, Pamplona, 2011) son los topónimos *Gracchurris*, *Ilurcis* y *Calagurris*. El segundo elemento de *Gracchurris* (la actual Alfaro) ha sido identificado con (*h*)*uri* o (*h*)*iri* ‘ciudad’ en euskara moderno. Sin embargo, tal identificación no es en absoluto segura (en euskara antiguo debería ser \**hil*), y aunque lo fuera, nada probaría porque (*h*)*uri* o (*h*)*iri* podría ser —no sin ciertos problemas— un préstamo del íbero. Por otra parte, Festo, en el siglo IV, es el único autor que señala que *Gracchurris* se llamó anteriormente *Ilurcis*. Es probable, sin embargo, que *Ilurcis* sea una errata por *Iliturgis*, la moderna Mengíbar, en la provincia de Jaén, en Andalucía. El error de Festo puede deberse a que tanto Alfaro como Mengíbar fueron fundadas por Tiberio Sempronio Graco. Vide Raquel López-Melero, «¿*Gracchurris* fundación celtíbera?», *Veleia*, 4, 1987, pp. 171-177. *Ilurcis* podría significar «la ciudad de Urcis», pero desde luego no en vascuence, en cuyo caso el orden de los dos elementos que componen el topónimo debería ser el inverso, es decir, algo así como \**Urcil*. En cuanto a *Calagurris*, la moderna Calahorra, se trataba en origen de una población celtíbera atribuida posteriormente a los vascones, cuyo nombre con toda probabilidad no tiene nada que ver con *gorri* ‘rojo’. Vide Francisco Villar, «Indoeuropeos y euskaldunes en el País Vasco y Navarra. Genes, lenguas y topónimos», en Francisco Villar y

bitantes así lo desean (y solo si lo desean), pero la primera condición para cambiar la realidad es conocer la realidad y saber diferenciarla de los sueños.

Todos los nacionalismos fueron historicistas en un principio. Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, por influjo del nacionalismo alemán, con la justificación intelectual que suponía la hipótesis del relativismo lingüístico, a la que ya he hecho referencia, el recuerdo idealizado del pasado, a menudo imperial, se fue convirtiendo en un elemento de segundo orden y la lengua le tomó el relevo. Eso es lo que ocurrió, por ejemplo, en Chequia, Polonia, Finlandia, Flandes y Cataluña, además de en el propia Alemania<sup>52</sup>. En esa sustitución, tuvo mucho que ver el cambio de la clase dirigente: la nobleza suele ser conservadora y, para mantener sus privilegios, mira hacia atrás; la burguesía, por el contrario, es revolucionaria o por lo menos reformista y no tiene tanto interés en cuestiones de épocas anteriores. La historia se conjuga en pretérito; la lengua, en presente y en futuro. En Vasconia no hemos superado esa fase historicista: todavía somos esclavos de la historia. De una historia inventada, además. En pleno siglo XXI, publicistas, que se dicen historiadores, siguen intentando justificar la existencia de la nación vasca manipulando la historia. No queremos ni oír que el Reino de Navarra funcionaba en romance. Que el Reino era el ámbito de los nobles. *Euskal Herria*, en cambio, era, sobre todo, el ámbito de los ganaderos y campesinos (y solo de los que vivían al norte de Tafalla). Aunque hasta el siglo XIX la mayor parte de los navarros eran euskaldunes, Navarra no era un estado euskaldún, porque su administración y sus dirigentes no funcionaban en euskara.

Es imposible escribir una historia política de Euskal Herria, porque Euskal Herria nunca ha existido como entidad política. El propio Sabino Arana habría estado de acuerdo con esta afirmación. Pero sí es posible escribir una historia cultural y lingüística de Euskal Herria, porque, pese a lo que digan algunos, Euskal Herria constituye una realidad cultural y lingüística innegable. Necesitamos una gran historia vasca de las mentalidades, que incorpore lo mejor de las aportaciones de la his-

---

Blanca M. Prósper, *Vascos, celtas e indoeuropeos. Genes y lenguas*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2005, pp. 449-450 y 462.

<sup>52</sup> He intentado analizar la relación entre lengua y clase social en mi libro *Una historia de las lenguas y los nacionalismos* (Gedisa, Barcelona, 2006), especialmente en las páginas 125-137.

toriografía y de la lingüística y en la que el euskara reciba el trato que se merece como un elemento fundamental, aunque no único, de la permanencia del pueblo vasco a lo largo de los tiempos. Una historia transversal y diacrónica que trascienda los estrechos márgenes temporales impuestos por la especialización académica y que termine de una vez con toda vocación *ad probandum*. Pero esa historia seguirá esperando en el limbo de los justos mientras no sepamos distinguir lo que fuimos de lo que queremos ser.